

Una boda.

Conclusion.

IV

¿Cuán felices eran aquellos momentos! El joven acariciaba la idea de su boda, como el logro de todos sus deseos, como el término de toda una ambición que había llenado toda su vida. Amó á aquella mujer desde niño, desde que los primeros sentimientos brotaban de su alma. Mil obstáculos insuperables, mil contradicciones le habían combatido. Su amor inmenso le llamaba á María, y el destino le apartaba de María. Por fin, después de luchar y reluchar; después de consumir años enteros en una desesperación inmensa, se encontraba á la víspera de su boda. Contaba con impaciencia los minutos que faltaban para sellar con un juramento eterno la alianza de dos corazones nacidos el uno para el otro, dignos de confundirse en una sola vida. La aspiración de su ser, á los veintidos años, cuando toda la imaginación es color, toda la inteligencia luz, todo el sentimiento pasión, todas las ambiciones amor, era ¡oh! una unión con la mujer de sus ensueños. No mira el satélite al planeta, el planeta al sol, el ruiseñor su nido, el arroyo al cielo, ni el cielo á Dios, como aquel miraba á su amada. No sabría yo, pobre narrador de esa historia, no sabría decir cuanto le decia, repetir sus palabras entrecortadas. Aún no ha nacido pintor que haya retratado el fondo de unos ojos enamorados. Aún no ha nacido músico que haya trascrito la nota de un suspiro de amor. ¿Dónde está el escritor capaz de repetir las palabras de un pecho enamorado? Más fácil es repetir el rumor inmenso que levantan á las alturas las olas del Océano. El corazón henchido de amor es el universo. De amor, de esperanza, de felicidad estaba henchido el corazón del joven Ladislao. Los dos habían olvidado el mundo. ¿Qué valía para ellos la patria, cuando el iman de su amor los alzaba al cielo? V Aquel arrobamiento es interrumpido, sin embargo, por el anciano, que entra y exclama: —Amar, amar cuando Polonia está en tierra cubierta de ceniza y de sangre, amar es un crimen. ¿No ois las hienas que machacian entre sus dientes los últimos restos del cadáver? ¡Y sois felices! Mirad, mirad, y se descubria el pecho, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis cicatrices. Por ahí he vertido la sangre de mis venas, por ahí han saltado pedazos de mi corazón. He encanecido en Siberia; me he encorvado bajo el peso de mis cadenas; ya no tengo fuerzas para vivir, y aún tengo fuerzas para aborrecer. Polonia puede levantarse. Si hoy es lúdirio del mundo, mañana será el ángel exterminador de los tiranos. Ladislao, vé á morir por Polonia; María, envíale á la muerte. Vuestro primer beso de amor será maldorado, porque podrá dar de sí el alma de un esclavo. Si mañana Varsovia no se levanta de nuevo á pelear, pasado mañana ireis atados codo con codo á Siberia. Que vuestro pecho sea todo odio, que vuestros brazos sean lanzas, que vuestro aliento sea fuego, porque yo anciano, yo que he caído cien veces en el campo de batalla, voy á morir por fin sobre el seno de la patria mia. Y el anciano quiso erguirse y echar á correr como un joven, pero sus piernas flaquearon, y cayó de rodillas ante el cuadro de la Virgen. En tal sazón oyó una grita confusa de ¡viva Polonia!, y el ruido de una descarga cerrada. VI El joven Ladislao señaló al anciano, señaló al cielo y estrechó fuertemente contra su corazón á María. —¿Te vas?—preguntó el joven. —Me voy, María; me llama la patria. —Es el ruido del viento,—dijo María. —No, es el ruido del combate,—le replicó Ladislao. —Por piedad, ¿y nuestro amor?

—¡Nuestro amor! Pues qué,—preguntó el joven,—nuestro amor no había de durar sino lo que dure la vida? —¿Mañana!—dijo María.—¿Mañana! —El corazón me dice,—exclamó Ladislao,—«el corazón me dice que mañana serás mia». En esto se oyó una descarga más cerca... —¡Ladislao! —exclamó María,—por Dios!... La joven no se atrevía á decirle que no partiera. Pero le añadió para engañarse á sí misma: —Ladislao, es el viento. —No,—dijo el joven,—es el alma de la patria. —Adios; mañana, de todos modos,—exclamó María,—será nuestra boda. El joven se lanzó á la calle, y María fué á caer al lado de su abuelo, ante la imagen de la Virgen. VII Un día entero de combate. La sangre ha corrido durante largas horas. Los hijos de Polonia han peleado de nuevo; todos los hombres se han lanzado al campo, todas las mujeres á los altares; María reza y llora; del fondo de su desesperación sólo se levanta una plegaria. Sucede una nueva noche, el ruido del combate ha cesado; el éxito no es dudoso. Polonia lucha sabiendo que cae. Un silencio inmenso reina sobre la ciudad. Aquella debía ser la noche de la boda de María. Su corona de azahar está allí, el velo está allí, pero su amante no está; María le aguarda y no viene; María le llama y no responde. La joven desvaría. ¿Dónde ha sido el combate? Fuera de sí, loca, se ciñe la corona, se prende el velo y se percibe á irse. —¿Dónde estará Ladislao?—pregunta á su abuelo que yace espirante al pie de la Virgen, espirante de dolor y de fatiga. —¡Felices los que mueren en el Señor!—contesta el anciano. María lo comprende. La noche es oscura, la nieve cae. La joven, vestida de blanco, envuelta en el velo, sola, entre el torbellino del viento, parece la estatua de un sepulcro que anda, ó el alma de una virgen que vuelve del cielo. Sus sienes laten y late su corazón, como si se dirigiera á su tálamo nupcial. Va á las afueras de Varsovia, al lugar del combate; registra con sus manos anhelosas los montones de muertos; las sombras son tan espesas que no puede distinguir los rostros; en esto oye un gemido que es el último gemido de una vida que se apaga. —Es él,—grita,—es él. Un rayo de luna rompe las nubes; María reconoce el rostro de Ladislao, lívido, teñido por las sombras de la muerte; pone la mano sobre su corazón, no late; pone el oído sobre su pecho, no respira. —Has muerto,—dice,—sin lanzar un ¡ay! En esta noche debías recibir mi primer beso de amor. Y clavó sus labios ardientes sobre los frios labios del cadáver; sorbió en su beso la muerte. Al día siguiente llevaban en carros al cementerio los cadáveres de los insurrectos, y entre ellos el cadáver de una joven hermosísima, envuelta de desposada. —¿Sabrian los sepultureros el secreto de aquella muerte? No lo sé. Ignoro, pues, si los dos cadáveres se juntaron en una misma huesa. EMILIO CASTELAR. La naturaleza y la moral. —¿Qué es el hombre? Un principio, un bosquejo; no tiene más que rudimentos de la verdad, de la sabiduría, de la razón. No es más que la aurora en la época Bocciana de la justicia. Aun viejo y moribundo, es un embrión. Nosotros vemos todas las cosas en pedazos. Nuestra inteligencia no alcanza mas que á un momento del tiempo. ¿Qué es nuestra vida? Un perpetuo esperar. Nuestra ciencia, aun la más segura, es intermitente y febril. A cada paso conocemos que estamos al principio. Nada acabado. Nosotros mismos, ¿qué somos? Un fragmento de nosotros mismos.

La ciencia más fecunda en dolores para nosotros es la política. ¿Por qué? Porque es más divisible. Separación, desgarramiento más bien que ciencia. No nos apoderamos en ella más que de embriones de acontecimientos, gérmenes que marcan el porvenir, miembros separados de un cuerpo, que no vemos en ninguna parte. ¿Qué sucederá mañana? No lo sabemos, y eso que aspiramos á la eternidad. ¡Oh, miseria! El libro entreabierto del mundo fósil, es un antiguo testamento que pide una nueva exégesis. ¿Se cree verdaderamente que se formase una idea de Dios, digna de su grandeza, hacerle intervenir para cada aparición excesiva de organizaciones, por ejemplo, para el manífero insectívoro que se acaba de descubrir en el terreno terciario? ¿No es más á la majestad divina que cada sér nazca en virtud de una ley, sin tener necesidad para aparecer de un milagro particular á cada reino, á cada capa del globo, á cada nueva concha? El hombre, á quien se quiere que yo adore, es una criatura tan incompleta, que no puede desarrollar ni soportar más de una idea á la vez. Ayer, todo entregado al espíritu, no veía la Naturaleza. Hoy, todo entregado á la Naturaleza, no ve el espíritu. Algunos grandes hombres, Aristóteles antes que todos, abrazaron los dos mundos. Los demás se desembarazaron de la mitad de la carga, negándola. El materialismo actual es una atrevida amputación de una parte de la naturaleza humana para salvar alguna cosa. Cortad, pues; amputad, dividid; yo no me quejo de ello. El cadáver está sobre la mesa. Acaso encontraréis el corazón, y éste gritará: Yo he contemplado la gravitación de toda la naturaleza hacia el espíritu, es decir, hacia la libertad moral. Negar que el hombre es libre, ó lo que es lo mismo, afirmar que es igual al molusco, al arácnido, al reptil, que no pueden hacer más que lo que hacen, es cerrar los ojos á la marcha de los seres, es contradecir al universo. Yo he hecho cosas que me eran insostenibles; me he abstenido de otras que dependian de mí y que deseaba ardentemente. ¿Por qué he obrado así? Porque he mandado á la Naturaleza que infundiera sobre mí, y ha obedecido. Ha ejecutado, como una esclava, gimiendo y con horror, lo que yo había mandado. Un solo recuerdo de este género refuta, en mi opinión, de una manera incontestable á los doctores del espíritu esclavo, evangelistas ó materialistas. No; la moralidad no es únicamente un don. Se adquiere por el esfuerzo; se afirma por la voluntad; se agranda por la misma ley que hace que todo sér luche, combata, resista en la Naturaleza y en el hombre. Quien se exceptúa de esta ley, se pone fuera de la Naturaleza y de la humanidad. Cas en el sofisma, y el sofisma es el principio del mal. Un pueblo entero, ¿puede hacer del crimen virtud y de la iniquidad derecho? Puede, identificándose con él mismo, envilecerse, pero no legitimarse. El pueblo romano tuvo á bien aplaudir los crímenes de sus Césares. ¿No pudo absolverlos? Y lo que ha logrado ha sido deshonrarse, sin encontrar gracia ni perdón ante la posteridad. En vez de un pueblo póngase á la humanidad. Puede rebajarse todo lo que quiera, y hasta alabarse de su poder para ahogar el bien y ensalzar el mal. Yo me río de este poder. El número no tiene nada, no puede nada en este asunto. La especie humana, innumerable, y azotada en el rostro por la infamia, no es más que un cero ante la conciencia de un hombre de bien. —¿Qué es la guerra en realidad? La vuelta al tiempo en que la humanidad no existia; el reinado de la serpiente, de la quijada y la garra. El hombre desaparece, y luego se reviste de una coraza, como de un sistema de escamas rugosas, se arma de una espada. Así, convertido en una fiera, ¿le reconoceris? De este modo impedidas todas las leyes humanas, y falseada la palabra, decid que se está en guerra. Decid más bien que es el estado de la vieja naturaleza. Si ésta se prolongara, ¿qué sería el hombre? Un animal carnívoro. Del conocimiento nuevo de la Naturaleza se desprende una moral que arranca de

ella misma. Héla aquí: Ayudemos al hombre nuevo para que aparezca en nosotros. Sentimos interiormente el batir de sus alas. Ayudemos al sér nuevo á salir de su crisálida, á romper su cubierta. Despojémoslo de escamas y garras al mundo moderno. La última palabra de la sabiduría antigua era vivir según el plan de la Naturaleza. La parte oculta de sus designios, que los antiguos ignoraban, acaba de mostrarse á nuestra vista. El hombre puede adaptarse científicamente al orden del universo y concluir en sí el edificio sobre el plano del arquitecto. Principio de buena educación. Yo no soy de los que dicen que la vida es triste. Es dichosa mientras puede cumplir el progreso, y esto se puede hacer hasta última hora. —Mira, examina de cerca cómo todos los seres se transforman los unos en los otros. Ejercita en esto constantemente tu pensamiento. Nada engrandece tanto el espíritu. —¿Quién dice esto? ¿Quién hace de esta transformación de los seres uno de los fundamentos de la moral? ¿Es un hombre de nuestros días? Es Marco Aurelio. Hace ya diez y ocho siglos presintió el principio de la ciencia de nuestro tiempo. En efecto, un alma recta que se sostiene en el punto más elevado de la naturaleza humana, se encuentra en el plano de la naturaleza universal; encuentra las verdades sobre que descansa el mundo. Antes que la experiencia se las arranque, la Naturaleza enseña sus secretos al hombre de bien. El alma verdadera está en camino de descubrir todas las verdades. EDGARD QUINET. Ensayos de crítica-médica. El doctor A. Bois. INYECCIONES SUBCUTÁNEAS. Se publicó en Paris un folleto sobre el «Método de las inyecciones subcutáneas», consignándose en la pág. 22 del mismo lo siguiente: «No son raros los hechos de curación definitiva por las inyecciones subcutáneas de las sales de morfina». Para justificar este aserto, cita el doctor Bois, autor de dicho opúsculo, el caso que copiamos á continuación: «El 16 de Mayo de 1862 fué llamado para asistir á una joven afecta de una violenta neuralgia facial; inyecté bajo la piel de la mejilla un centigramo de clorhidrato de morfina. El dolor cesó y no apareció hasta el 3 de Julio. Nueva inyección en este día; nueva curación hasta el 10 del citado Julio. En esta época, un centigramo de dicha sal, aplicado de la misma manera, cura definitivamente el mal, el cual no ha vuelto á aparecer.» (El folleto vió la luz en el año 1864.) Nos hubiéramos abstenido de decir una palabra sobre estos hechos, si el doctor Bois considerase las inyecciones subcutáneas exclusivamente como un paliativo momentáneo para aliviar los dolores, bajo el punto de vista del sufrimiento; pero sin que esta medicación colocase á los enfermos al abrigo de recidivas, y sin que por ella se modificase la marcha de la enfermedad, como el mismo doctor asegura en diferentes páginas del citado folleto. Sin embargo, afirma tambien que con las tales inyecciones se han realizado curaciones definitivas, y esto equivale á atribuir á las sales de morfina ciertas propiedades de que carecen, según nos proponemos demostrar. La neuralgia, dice el doctor Moynac, reconoce tres causas: 1.ª, causas intrínsecas, como inflamaciones, congestión del nervio, infiltración edematosa, picadura, contusión, hipertrofia, etc. 2.ª, causas extrínsecas, las compresiones é irritaciones que ocasionan al nervio las partes circunvecinas. 3.ª, causas constitucionales, procedentes de la viciación del organismo. Esta clasificación pudiera quedar menos lujosa y reducir las causas á intrínsecas y extrínsecas, porque al fin las constitucionales tienen que acoplarse á unas ó á otras. Pero, dejando á un lado si son dos ó si son tres, no debe en manera alguna admitirse, en el terreno propio de la medicina, semejante clasificación, porque nada enseña, ni á nada conduce; porque, á la ver-

dad, son términos tan generales, que lo mismo se aplican á una causa cualquiera, como á los hechos ordinarios de la vida. La verdadera clasificación debió haberse ya expuesto en la Patología general, y por lo tanto, ser conocida de los alumnos para quienes ha escrito el doctor Moynac; y esta clasificación creemos nosotros que pudo redactarse para las afecciones no traumáticas como sigue: 1.ª Causa ocasional, patológica propiamente dicha: la viciación de los humores del organismo. 2.ª Causa secundaria, consecuencia de la primera, fisiológico-patológica: alteración de las funciones. 3.ª Causa terciaria, anatómico-patológica, consecuencia de la segunda: alteración de las partes, inflamación, hiperemia, infiltración edematosa, hipertrofia, tumores, etc. Resultado: dolor, padecimiento, enfermedad. Conocida ya la causa, el doctor Bois la combate con los compuestos de opio. Examinemos las propiedades de este agente terapéutico. El opio ó las sales de morfina determinan la narcosis local, y en su virtud han de apagar el dolor, pero como éste no es la causa de la dolencia, sino el resultado, un síntoma, la causa subsiste apesar de la inyección subcutánea. Producen tambien los compuestos de opio la parálisis del sensorium; y como éste sea el centro de la sensibilidad, es evidente que disminuye éste en el hombre afecto de neuralgia, pero temporalmente, no para el resto de la vida. El opio promueve tambien el sudor, y éste, que es sólo de corta duración, aliviará un poco el dolor, porque aminora el estado congestivo de la parte. No es este lugar para probar que no puede eliminarse del organismo humano una afección cualquiera por medio de la transpiración, bien sea ésta producida por el opio, por bebidas calientes, por baños termales, etc., etc., puesto que el sudor producido en el caso que nos ocupa por el opio es de muy corta duración; y para prolongarle hasta la completa extinción de la dolencia, habria que administrar cantidades excesivas de dicho narcótico, las cuales no podría tolerar el hombre sin perjuicio inminente de su vida. La influencia que el opio tiene sobre la circulación es poco pronunciada, y aunque relaja las paredes vasculares, dilata el calibre de los vasos, disminuyendo por consiguiente el pulso mientras dura su acción, no por esto se ha de entender que purifica la sangre ó los demás líquidos del organismo. Resulta, pues, que el clorhidrato de morfina no es eficaz para curar definitivamente la neuralgia más sencilla, puesto que es impotente para eliminar del organismo la causa ocasional y, por lo tanto, la causa secundaria y la terciaria. No tiene más que una acción pasajera contra el efecto de la causa, contra el dolor, y esa acción es limitada, temporal; así es que es un paliativo que no ha curado jamás ni puede curar enfermedad alguna. El doctor Bois confiesa que el dolor cesó á la primera inyección de la sal de morfina, y no apareció hasta el 3 de Julio siguiente; vuelve á repetir la inyección, cosa otra vez; pero aparece de nuevo el día 10 de dicho mes. Repite la inyección, y entonces afirma que cura definitivamente el mal, el cual no volvió á aparecer. En primer lugar, para completar esta inocente narración era preciso que dicho profesor nos hubiera dicho algo acerca de la familia de la enferma, de su estado, profesión, enfermedades que había padecido en la niñez, para en su consecuencia deducir, quien le leyese, la constitución de la misma, y el punto de partida que sirviese para graduar la intensidad del mal. Porque cualquier observador ha podido ver curar una hemorroides en dos días, con el bálsamo antihemorrágico de Warren y sin embargo, el individuo vive sano al parecer; se casa, y después de algunos años muere de tisis pulmonar, y luego muere tambien la mujer de la misma enfermedad, y mueren igualmente los hijos, si los tuvo, en un período de tiempo más ó menos largo, según la constitución de la madre. Ya ve, pues, el doctor Bois cómo en este caso hubiera dicho tambien que no se ha-



bía repetido la hemotisis, y que la curacion era definitiva; y sin embargo, el médico que tal milagro se colgase no habia hecho absolutamente nada que detuviese la marcha natural y progresiva de la enfermedad...

Lo que sucede en estos casos es, segun hemos expuesto en nuestro opúsculo «La salud en la mano», que un cambio atmosférico u otra causa externa cualquiera hace estallar en este ó aquel órgano una enfermedad que se viene desarrollando há tiempo en el organismo...

Ademas, la edad de la paciente, su constitucion, el carácter que reviste la dolencia, el grado de intensidad de la misma, son otras tantas circunstancias que se han de tener en cuenta para darse razon de las evoluciones que se advierten en el trascurso de la marcha de la enfermedad...

Conociendo, pues, la marcha de una enfermedad cuando se deja abandonada á sí misma, el doctor Bois no afirmaria en manera alguna que se realizaba la curacion cuando aplicaba una inyeccion subcutánea de clorhydrato de morfina...

Porque, á la verdad, no puede afirmarse en buena lógica que haya curacion en semejantes casos porque el opio ó la morfina aminoren ó extingan el dolor...

Por otra parte, en Julio de 1862 fué curada definitivamente la enferma a que nos venimos refiriendo, y el folleto el doctor Bois vió la luz pública en 1864, esto es año y medio después.

De modo que porque en año y medio no vuelva á aparecer la neuralgia facial, el doctor Bois dice que se curó definitivamente. En la práctica de dicho profesor, como en la de cualquiera, hay muchos casos, infinitos, semejantes á éste...

Así, el doctor Bois no debe asignar la palabra definitiva á la curacion que nos refiere, mucho menos cuando añade que la neuralgia no ha vuelto á aparecer hasta el presente; porque aquí hay dos afirmaciones que no caben en el lenguaje usual...

Ademas, no hay que olvidar que si las inyecciones subcutáneas de las sales de morfina aminoran el sufrimiento de la parte afecta, tambien es muy general que produzcan fuertes dolores de cabeza en el enfermo...

Resulta, pues, que las inyecciones subcutáneas de las sales de morfina mitigan ó extinguen, si se quiere, el dolor que produce una neuralgia; pero que esto no debe entenderse jamas como tratamiento exclusivo de estas afecciones...

J. A. CANTERO.

Las manos.

¿Quién no ha querido alguna vez tocar el cielo con ellas?

Esta sola consideracion podria bastar para demostrarnos el inmenso poder de las manos y ahorrarme á mí la tarea que me he propuesto de sacar á la palestra su importancia...

¡Ah! No quiera la Divina Providencia, cuya mano ha regido siempre nuestros destinos, quitarse ella ni quitarnos á nosotros tan preciosos adyacentes, porque entonces, ¿en qué manos andaria el panderero?

Todo lo bello y todo lo útil, así en el orden físico como en el moral, tienen, sin duda alguna, su lado feo y su reverso débil y vulnerable; y el juzgar de aquellas cosas por éstas ha sido causa de que algunos austeros filósofos y críticos descontentadizos hayan declamado contra el mundo...

Ved un ejemplo en las mujeres y en las flores. Unas y otras tienen su aroma y sus espinas, su miel y su poquito de acibar. El filósofo, sin embargo, temiendo á la ponzoña, se aparta con horror de las primaveras y las anatematiza, en tanto que la abeja, no solamente se llega á las segundas, sino que las besa, las liba y todo lo convierte en panal...

Pues lo mismo debe sucedernos en la cuestion de manos, porque en ellas tambien, así como en todas las cosas de este mundo, se observa la misma diversidad de cualidades antitéticas y de contrastados usos...

El bien y el mal, en efecto, de tal manera unidos residen en nuestras manos, que el separarlos es cosa que ya no está en la mano del hombre; y son ejemplos vivos de esta inmensa verdad todas las virtudes y todos los delitos...

No parece sino que estos dos elementos del bien y del mal, unidos un día en estrecho y funesto consorcio, vagaron por el mundo á la ventura y sin rumbo fijo, hasta que habiéndose encontrado de manos á boca con el diablo, dióles por morada la mano del hombre...

Las manos, pues, han llevado á cabo las mejores acciones y han practicado tambien los mayores vicios. Ellas hacen el veneno que mata y el antídoto que cura, la merced que alivia y el agravio que ofende, la espada que produce la herida y el bálsamo que la cicatriza...

Manos hay que saben enjugar nuestras lágrimas y otras que sólo sirven para hacerlas derramar; v. gr., la mano de Scévola, la de Bruto, y en general las de todos los hombres poderosos é influyentes en los destinos de las repúblicas...

Manos hay tambien que han sabido llevar la batuta en esa gran orquesta que se llama gobierno y otras que sólo saben tocar el violon.

Muchos hombres vagan por el mundo llevando en la una mano el rosario y en la otra un pañal.

Hasta el mismo Dios suele dejar á unos y tener á otros de su mano.

Y en resumen, los usos de la mano son tan diversos, que así como en apellidos existe un Guzman el Bueno y otro de Alfarache, así tambien sucede en materia de manos: hay manos maestras y manos zurdas, manos de la Providencia y manos de almiraz.

Mas para juzgar de la excelencia y poderío de las manos, no hay que apreciar á éstas por el bien ni por el mal que hayan ejecutado, sino por la multitud de pensamientos y de caracteres, por la variedad de acciones y de costumbres que han sabido y saben expresar...

Desde luego puede afirmarse que así como en las manos del rey Midas todas las cosas se convierten en oro, así tambien en las del vulgo todos los objetos se convierten en sustancia, hasta sus propias manos.

Para él no hay hombres rateros, ni desdichados, ni jugadores, ni camorristas, ni vagos; no hay más que manos y manoplas, esto es, hombres ligeros de manos ó de manos largas, hombres desmanolados ó de manos rotas, hombres que vienen á las manos, hombres que se sientan sobre el tapete á echar una mano, y hombres que eternamente se hallan mano sobre mano...

Todas las escenas misteriosas y al parecer inexplicables, las muertes alevosas y los celos infundados, las intrigas palaciegas, los acontecimientos inesperados, los lances imprevistos y otra multitud de cosas más, tienen siempre por causa una mano oculta.

En los sucesos políticos esa mano oculta se llama ahora la mano de la reaccion, y en la belleza de la mujer coqueta y presumida se llama siempre la mano de gato.

El mundo, es naturalmente inclinado á la murmuracion; el maldiciente, sin embargo, que deja un día de morder para alabar, puede decirse que ha sentido la cabeza ó que le han sentido la mano.

El vulgo es muy democrata, y á la luz de su opinion ni existen medianías ni primeros puestos; sólo hay zapas y manos. Nada empieza tampoco ni nada concluye, por la sencilla razon de que en todo pone manos á la obra y en todo suele dar de mano.

Las manos, por otra parte, no están solamente en los brazos del hombre; se hallan tambien en las reglas de la etiqueta y del derecho, en el juego y en los salones.

Beso á usted la mano, es el saludo con que las hijas de Eva suelen insinuarse.

Larga mano y breve mano eran las dos fórmulas de trasferir el dominio entre los romanos.

Existe un juego muy vulgar entre los niños que se llama manos calientes, y otro no ménos comun entre los reyes que se llama besamanos.

Pero ya que de juegos hablamos, á mí el que más me gusta es el billar, y especialmente cuando tengo bola en mano.

¿Qué de ideas, en fin, y qué de situaciones, qué de circunstancias, qué de dichos, qué de proverbios no se han expresado por medio de las manos!

¿Nos gusta una mujer? Pues corramos á pedir su blanca mano.

¿Hemos requebrado con demasiada libertad á una modista, y ella indignada nos responde con un bofetón? Pues sufrámoslo con paciencia y hagámonos cargo de que blancas manos no ofenden.

¿Hay ladrones en casa del vecino? Pues toda la cuestion se reduce á coger al delincuente en el garlito, esto es, con las manos puestas en la masa.

¿Hemos sufrido algun reves en la fortuna ó hase frustrado el mejor de nuestros planes? No importa, esperemos, que al fin y al cabo lo que está de Dios á la mano se cumple.

Hay cosas, sin embargo, que nunca deben dejarse de la mano ni por negligencia ni por codicia, pues segun dicen, de la mano á la boca se pierde la sopa, y porque, como todos sabemos, más vale pájaro en mano que ciento volando.

Tomaré la venganza de mí misma mano, dijo Cardenio en un arrebatado de amorosa desesperacion, y esta pequeña frase ha producido, entre otras, una larga y prolija discusion entre dos entendidos y reputados académicos. (1)

(1) Sostuvieronla D. Zacarias Acosta y don Juan Eugenio Hartzenbusch con motivo de las variaciones introducidas por este último en las antiguas ediciones del Quijote.

Habria, en fin, con esto de las manos materia suficiente para llenar entera una mano de papel.

Pero basta de manos, porque la imprenta espera y este mal perjeñado artículo mio tiene aún que sufrir la última mano.

J. P. TEJERA.

La educación física en España.

Si los antiguos legisladores atenienses pecaron por ocuparse demasiado en sus leyes del desarrollo físico, como era el ideal de Licurgo, en cambio los modernos legisladores españoles quizás pecan por incurrir en el extremo opuesto; y si se les presenta alguna proposicion encaminada á este fin, no le dan toda la importancia y toda la trascendencia que entraña.

Ahora tenemos otra vez esta cuestion sobre el tapete, presentada á las Cortes por el diputado Sr. De Gabriel en forma de proposicion, y de la cual se han ocupado ya algunos periódicos. La conveniencia de la gimnasia higiénica en los grandes centros de poblacion, es evidente; por lo tanto, es de creer que en la próxima legislatura las Cortes la discutan, la contraviertan y la aprueben por ser útil, oportuna y conveniente.

Nadie ignora que hoy el desarrollo físico está en razon inversa del intelectual; y una prueba de ello es que la generalidad de los padres que dan carrera á sus hijos, quieren que éstos sean licenciados ó doctores á los 18 ó 20 años, sin cuidarse para nada de su desarrollo físico. Esto es muy bueno bajo el punto de vista científico; pero está desequilibrado entre las facultades físicas é intelectuales, no todas las naturalezas le pueden resistir, y en infinidad de casos no se llega á recoger el fruto de este trabajo.

¿Qué sucederia con una persona dedicada desde su niñez á trabajos exclusivamente corporales? Que su desarrollo físico sería excelente, pero el intelectual sería nulo. Procúrese, por el contrario, que las dos vayan unidas, y el resultado será una buena salud y un claro entendimiento.

Digamos ahora algo de la manera cómo deben aplicarse estos ejercicios.

Para dar una buena forma á la constitucion en los niños, deben éstos empezar á los ocho ó diez años, ó antes si el estado de su salud lo exigiese; pero no en la forma que hoy se viene haciendo en los pocos colegios é institutos que tienen gimnasio, porque entonces se obtiene un resultado diametralmente opuesto al que se desea. Y tanto es así, que una vez adquirido ese desarrollo defectuoso es muy difícil de corregir, como por experiencia hemos podido observar y venimos observando diariamente, pues se da mejor forma á un adulto que no haya hecho ejercicio alguno que á un niño que lo haya hecho con mala direccion.

Para los niños menores de esta edad, en nuestro concepto, debe emplearse la gimnasia de sala, que cuenta con un número bastante considerable de ejercicios sin necesidad de aparato alguno, que en esta edad no son de absoluta necesidad, á no ser que haya que corregir algun defecto de su constitucion, en cuyo caso habria que emplearlos.

Aquí lo que generalmente ocurre es que se confunde lastimosamente, como en otros trabajos de esta índole hemos apuntado, la gimnasia acrobática con la higiénica, y por esta razon los directores de los ya citados colegios colocan cuatro aparatos de los peores, y enseguida buscan, aunque sea un aficionado al circo, para que con sus teorías enseñe la gimnasia que ellos llaman higiénica. ¡Error lamentable y de funestas consecuencias para los niños, que siempre les agrada aquello que más daño les hace! Y otro tanto decimos de aquellos padres que, con la mejor buena fe, ponen para sus hijos algunos aparatos en su casa. Raro es el niño que con este sistema no concluye con alguna luxacion de brazos ó piernas, y cuando mejor libranos salen es con el pecho hundido y los omóplatos salientes. Este es el resultado de confundir una gimnasia con otra.

Tampoco basta tener un bien montado gimnasio, porque en todos aparatos hay ejercicios malos y buenos; no basta seguir la rutina que siguen porque lo han visto escrito en algunos tratados, en su mayor parte insuficientes, y en los que nada nuevo y de observacion práctica nos dicen; es preciso obrar con arreglo á las observaciones hechas y á los resultados obtenidos de una ú otra aplicacion. La gimnasia higiénica no se puede sujetar á un método fijo, porque sucede lo que con las medicinas: los ejercicios que á uno le sientan bien á otro le sientan mal; por lo tanto, ésta no se puede reglamentar más que hasta cierto punto. Infinidad de casos hemos tenido y de distintas enfermedades por las que podemos probar nuestro aserto.

Hay muchos que se abstienen de mandar á los niños á los gimnasios, porque dicen que no crecen; y en parte tienen razon para creerlo así, porque ésta es la consecuencia inmediata del método que se sigue en la mayor parte de los gimnasios de colegio, invirtiendo completamente el orden de los ejercicios y empleando más los de contraccion que los de dilatacion; pues con los primeros se forma la musculatura antes de tiempo y no se crece, al par que con los segundos se ayuda al buen desarrollo y al crecimiento de los niños.

Difícil es en extremo que en los colegios particulares sigan un buen sistema, porque para ello necesitarian, en primer lugar, locales espaciosos y ventilados, que en Madrid es muy difícil encontrar; y en segundo, desterrar la mayor parte de los aparatos que hoy usan; reemplazándolos por otros más útiles, pero cuya aplicacion desconocen, hasta tanto que del gimnasio normal que el Gobierno establezca salgan los profesores encargados de enseñarla.

La creacion de gimnasios en los institutos no es tan difícil como á primera vista parece; y si los señores ministro de Fomento y director general de Instruccion pública se fijan en el asunto, verán que en los edificios destinados á institutos hay siempre local suficiente, ó patios grandes que se pueden aprovechar para este objeto. Y si es por la cuestion pecuniaria, tampoco hay ninguna dificultad, porque con las matriculas de este nuevo curso habria más que suficiente para sufragar los gastos.

No citamos de modelo, como generalmente hacen en todos los tratados de gimnasia, á Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, etc., etc., porque tambien tienen mucho malo y mucho bueno, y la única ventaja que nos llevan es lo muy extendida que está la gimnasia en esos países, y que comprenden mejor que nosotros su utilidad; pero en cuanto á la aplicacion de los ejercicios, hemos tenido lugar de observar que estamos poco más ó ménos á la misma altura.

Nada habiamos dicho del abandono en que yace el desarrollo físico de la mujer, porque en este punto parece que está completamente olvidada. Los padres, ó mejor dicho, las madres, consistentes en emparedar á sus hijas entre las ballenas de los corsés, privándolas hasta del desarrollo que su naturaleza les ofrece, á trueque de obtener por este medio un breve talle, que si no es sano, por lo ménos es bonito. Así, unas veces por herencia y otras adquirida, va en aumento esa terrible enfermedad que tantos estragos hace: la tisis; pero no por esto los padres se apresuran á poner el remedio, no. En esto se parecen á los árabes. Despues de ocurrida la desgracia, para consolarse dicen: «Estaba desgracia».

J. S. GONZALEZ DE SOMOANO.

Los últimos aztecas.

El New-York Herald publica una descripcion interesante de la region ménos conocida de la América del Norte, el Nuevo Méjico, donde aún existen indios descendientes de la antigua nacion azteca.

Estos indios, en número de 7.000 próximamente, ocupan catorce aldeas y son muy apacibles y hospitalarios, especialmente los naturales de los distritos de Alburquerque y Bernalillo, donde tambien viven los más ricos de las antiguas familias españolas que se establecieron en el país.

Una de las aldeas que ofrecen más motivos de curiosidad al que las visita es la de Taos, en la que casi todos los habitantes viven en los grandes edificios de piedra de cinco pisos y de forma piramidal.

Cada piso es más pequeño que el que le precede, lo cual ofrece un aspecto muy original.

Estos edificios constan de un número considerable de aposentos. A cada piso se sube por medio de escaleras de madera colocadas en el exterior, y se penetra en las habitaciones por un agujero practicado en el techo, porque no tienen ventanas. La luz no penetra más que por una abertura del ancho de un tubo de estufa, y que á traves del muro llega á las habitaciones exteriores.

Cada uno de estos edificios, cuyo interior está blanqueado con cal, puede contener unas 400 personas.

Los indios del Nuevo Méjico acogen cariñosamente á los viajeros, pero no permiten á ninguno que penetre en el centro del edificio, donde se halla la gran estufa que mantiene constantemente el fuego sagrado de Moctezuma, y donde se practican los antiguos ritos de la religion de los aztecas.

Cada aldea está gobernada por nueve oficiales, que son elegidos por un año solamente.

El clima es templadísimo, y el paisaje de una belleza incomparable. La capital, Santa Fe, está situado á 7.000 piés sobre el nivel del mar, casi á la misma altura que la ciudad de Méjico.

Los indios del Nuevo Méjico son ciudadanos americanos, pero prefiriendo vivir exentos de tributos, no quieren votar ni ocupar destinos públicos.

En su territorio se ven á cada paso ruinas de monumentos aztecas que pertenecian ya á una antigüedad remota cuando Hernán Cortés conquistó el vasto imperio mejicano.

Estos monumentos se encuentran principalmente en la gran meseta del Colorado y en la parte Noroeste del Arizona.

A cada paso se ven montones de piedra de un color rojizo, cubiertas de figuras grabadas groseramente que representan todo género de animales, como bisontes, serpientes, ratas, y algunas veces tambien arcos tendidos.

Desgraciadamente no existen en el país tradiciones ni leyendas que puedan dar alguna luz acerca del origen de estas esculturas.